Traducción.

El antifeminismo de Otto Weininger.

Gabriel Adelio Saia, Pedro Tenner, Santiago Bellocq y Alejandro González.

Cita:

Gabriel Adelio Saia, Pedro Tenner, Santiago Bellocq y Alejandro González (2018). *El antifeminismo de Otto Weininger*. Traducción.

Dirección estable: https://www.aacademica.org/gabriel.a.saia/15

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/ppmg/s9B

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

El antifeminismo de Otto Weininger

Dardo Scavino
UBA

La misoginia es, sin lugar a dudas, algo omnipresente en nuestras sociedades patriarcales. Pero para comprender mejor este fenómeno, habría que especificar cuál es la mujer a la que se dirige esta actitud hostil, pues hoy sabemos que hay tres dimensiones de lo femenino: la biológica, la sexual y la genérica. Tomemos el ejemplo de Madeleine Pelletier. Al decir que la mujer debía liberarse de la mujer, esta autora no disimula su desprecio hacia un cierto género femenino cuya subjetividad había sido moldeada por una sociedad histórica particular: una mujer educada para ser madre, esposa y ama de casa, alejada de la vida política y cultural de su país.[1] Un contemporáneo de Pelletier, el austríaco Otto Weininger, también pensaba que la mujer debía liberarse de esa mujer que él despreciaba en igual medida. Salvo que, desde su punto de vista, la mujer en cuestión no era la manifestación de un cierto género femenino ni el producto histórico de una sociedad particular, sino la consecuencia de un destino biológico: si las mujeres se encerraban en la vida doméstica, alejándose de la política y la cultura, era a causa de un instinto sexual que las inducía a actuar de esta manera. He aquí la diferencia entre una feminista como Pelletier y un antifeminista como Weininiger: para ella, la mujer debía liberar su sexo, para él, debía liberarse de su sexo.[2]

El deber que impone el genio

Otto Weininger presentó esta tesis en un libro publicado en Viena en mayo de 1903, algunos días después de celebrar su vigesimotercer cumpleaños y cinco meses antes de dispararse en el corazón. En noviembre llegó a las librerías una segunda edición de *Sexo y carácter*. La obra fue reeditada veintiocho veces hasta 1932. Los jóvenes hitlerianos estaban fascinados con ella, pues Weininger no se limitaba a denigrar a la mujer, sino que, a pesar de pertenecer a una familia judía de origen húngaro, acometía también contra los judíos.[3] Proponía el siguiente paralelo: el judío es al ario lo que la mujer es al hombre.[4] Parecería que el propio Hitler fue seducido por

1 Madeleine Pelletier, *L'emancipation sexuelle de la femme*, París, Giard et Brière, 1911.

2 A pesar de ello, algunos autores han propuesto una lectura "feminista" de Weininger. Cf. Allan Janik, *Wittgenstein's Vienna Revisited,* Transaction Publishers, New Branswick, 2001, p. 40 y Steven Beller, "Otto Weininger as Liberal?", en N.A. Harrowitz y B. Hyams (eds.), *Jews & Gender. Responses to Otto Weininger,* Philadelphia, Temple University Press, 1995, p. 91.

3 En un artículo publicado en 1909, André Spire sostiene que Weininger se suicidó por su odio de sí: André Spire, *Quelques juifs : Israël Zangwill, Otto Weininger, James Darmesteter,* París, Mercure de France, 1913.

4 Sobre el vínculo entre antifeminismo y antisemitismo en Weininger, cf. el libro de Nancy Harrowitz y Barbara Hyams, *Jews & Gender. Responses to Otto Weininger,* Philadelphia, Temple University Press, 1994.

el joven vienés, pues en una ocasión le habría dicho a Dietrich Eckart que Weininger era el único judío honesto que había conocido (cosa que no le impediría prohibir *Sexo y carácter* a causa de sus reivindicaciones quizá demasiado efusivas del amor homosexual).

Pero los nazis no fueron los únicos en admirar a Weininger. También lo hicieron Reiner Maria Rilke, Robert Musil, Hugo von Hofmannsthal y, sobre todo, Ludwig Wittgenstein.[5] Ray Monk, el biógrafo de este último, llegó a utilizar una expresión central de *Sexo y carácter* como título de su biografía: *El deber que impone el genio*.[6] Wittgenstein adoptó este imperativo como lema de vida tras leer a su compatriota. El deber del hombre era la creación genial, la invención original, el hallazgo revelador. El deber del hombre era la *poiesis* en sentido griego: traer al mundo algo que hasta entonces no existía. El hombre debía consagrar su vida, sus estudios y sus esfuerzos a engendrar algo en el terreno del arte, de la filosofía, de la ciencia o de la política –nuevas normas, nuevos paradigmas, nuevos valores–, sacrificando todo lo demás en el altar de esa vocación creadora.

Al atraer sexualmente al hombre, la mujer lo alejaba así de esta vida creativa para encerrarlo en la vida reproductiva, la familia y el hogar.[7] Tal era, según el joven austríaco, su función primaria: la mujer no era más que un instrumento para la perpetuación de la especie. Sólo existía para engendrar o traer al mundo individuos biológicamente semejantes a sus progenitores. Para alcanzar esos fines, la mujer debía buscar hombres capaces de darle hijos sanos y de cubrir sus necesidades. Pero no era ese el destino del hombre: él había sido creado para crear, para engendrar y traer al mundo individuos espiritualmente diferentes de sus antecesores. El engendramiento femenino era carnal y biológico; el masculino, cultural y espiritual. La mujer era entonces a la especie lo que el hombre es a la historia, pues la historia no sería nada más que el engendramiento de la humanidad por sí misma.

Contemporáneo de Sigmund Freud, de Ludwig Wittgenstein, de James Joyce, de Gustav Klimt o de Albert Einstein, Weininger creía, con todo, haber nacido en una época de decadencia donde ya no habían más creadores de la talla de su ídolo, Richard Wagner. En su opinión, la culpa de ese declive la tenían las feministas, quienes estaban liberando la sexualidad de las mujeres de todos los lazos impuestos durante siglos por la religión, socavando de esta manera el orden patriarcal. Las mujeres podían así abocarse sin obstáculos a la misión que les era propia: seducir a los hombres para perpetuar la especie. Los hombres dedicaban su tiempo, entonces, a corretear detrás de las faldas de encantadoras señoritas, en lugar de consagrarse a la vida del espíritu; no pensaban más que en el coito en lugar de inclinarse religiosamente sobre el estudio y la creación. Con el fin de conquistar mujeres, querían parecer ricos y fuertes, ocupándose de sus fortunas y sus cuerpos en vez de dedicarse a los estudios y al desarrollo de sus espíritus. Para Weininger, la sociedad debía ser un templo consagrado al perfeccionamiento espiritual de la humanidad, pero con su feminización y el declive del patriarcado, devenía una incubadora destinada a la reproducción del ganado humano.

Bien macho

La diferencia sexual suponía para Weininger una asimetría de los sexos. Para el hombre, el sexo solo es un "apéndice" (*Appendix*)[8]: él debe, por así decirlo, satisfacer rápidamente esta urgencia fisiológica con el fin de dedicarse a su función principal. Esta "apendicitis" sexual del hombre "no constituye todo el objeto de su vida, lo que le permite separarla *psicológicamente* del resto de sus actividades, y con esto hacerla *consciente.*"[9]. Para la mujer, en cambio, el sexo era todo y todo era sexual. Weininger escribió: "*Der Mann hat den Penis, aber die Vagina hat die Frau*"[10], es decir, "el hombre posee pene, pero la vagina posee a la mujer". "La mujer es total

5 Sobre la importancia del pensamiento de Weininger en Rilke, Musil, Hoffmannsthal y Wittgenstein, cf. Franco Rella, "Weininger nella cultura viennesse del primo novecento" en *Il silencio e le parole*, Milán, Fetrinelli, 1981, pp. 11-29.

6 Ray Monk, *Le devoir de génie,* París, ODile Jacob, 1993.

7 En una conferencia pronunciada en 1945, el filósofo argentino Francisco Romero, que tres años antes había traducido el diario íntimo del austríaco, sostuvo que esa misoginia "monstruosa" se explicaba por una aversión psíquica hacia el sexo y las mujeres: Francisco Romero, "La mujer en la filosofía", *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 14, año 1997, p. 171-210.

8 Otto Weininger, *Geschlecht und Character. Eine prinzipielle Untersuchung*, Wien und Leipzig, Wilhelm Braumüller, 1909, p. 115.

9 *Idem*.

10 *Ibid*., p. 116.

y únicamente sexual", explicaba Weininger, "ya que su sexualidad se extiende por todo su cuerpo, y, por así decirlo, se presenta con mayor densidad en algunos lugares que en otros"[11]. De esta manera, Weininger se adelantó algunos años a su compatriota freudiano Otto Fenichel, autor de la ecuación *Girl = Phallus.*[12]

Pero esta sexualización integral del cuerpo y de la vida no era, a su juicio, más que una consecuencia del destino biológico de las hembras de las especies animales. Basta con ver lo que sucede con la mujer, dice el filósofo vienés, en el momento en que ya no está en edad de tener hijos y su belleza comienza inexorablemente a marchitarse: desarrolla una vocación de casamentera, de celestina (*Kupplerin*)[13], con el fin de que las nuevas generaciones de hembras cumplan la misión que había sido suya, ayudándoles a conseguir nuevos reproductores. Así, Weininger creía dar una prueba contundente a su tesis. Cuando las mujeres asisten al teatro, escribe, son seducidas por un solo aspecto de la trama: quieren saber si el hombre y la mujer de la historia lograrán unirse carnalmente[14].El austríaco admitía que la mayoría de los hombres tenían dificultades para liberarse de los impulsos sexuales a fin de dedicarse exclusivamente a los asuntos espirituales (tal habría sido el caso de Richard Wagner, de quien Weininger decía que era "el hombre más grande sobre la tierra después de Jesús"). Había, pese a ello, una diferencia entre la vida espiritual del hombre y la de la mujer, ya que ésta estaba completamente dominada por su sexualidad: todo lo que hacía, incluso aquellas cosas que, en apariencia, más distaban del coito, no tenían otro objetivo que el de seducir a los hombres para atraerlos hacia éste. Eso quería decir que, en términos kantianos, la mujer no podía dedicarse de manera "desinteresada" a cuestiones morales o estéticas.

Es necesario recordar que, para Kant, las acciones morales y las creaciones artísticas eran esencialmente "desinteresadas". Por lo tanto, Weininger suponía que las mujeres eran incapaces de llevar una vida verdaderamente moral o artística. Retomando el léxico kantiano, la actividad espiritual de la mujer no es "pura" sino "patológica", es decir, "interesada". Así pues, concluyó el austríaco, la mujer no es moral ni inmoral: es amoral (*amoralisch*), incluso si a veces finge realizar actos morales con el fin de atraer la atención de los hombres. Es amoral, puesto que su comportamiento, aunque interesado, no es egoísta. Su comportamiento no se explica por un instinto de conservación del individuo, sino de la especie; sus actos no son útiles para ella, sino para su descendencia. Es la abnegación maternal. Ella protege su descendencia al punto de sacrificar su vida. Protege su progenie también al resguardarla de la *dura lex* del padre o de los imperativos del deber. Las mujeres serían "interesadas" sin ser egoístas, "patológicas" sin ser inmorales, dedicadas sin ser obligadas. No se doblegan ante el imperativo kantiano —ante la universalidad de la ley—, pero tampoco obtienen ningún beneficio personal.

De hecho, Kant no había considerado esta posibilidad en su *Crítica de la razón práctica*. Habrá que esperar hasta que Freud, unos años después de la publicación de *Sexo y carácter*, aborde la cuestión en *Más allá del principio del placer*. Había conductas humanas que no podían explicarse según el principio de placer o de la utilidad individual, conductas que incluso iban en contra del interés del individuo, empujándolo hacia el fracaso o la autodestrucción. Freud pensaba que estas conductas podrían explicarse por las pulsiones de índole sexual, ya que estas no estaban al servicio de la conservación del individuo, sino de la especie. Estas pulsiones no serían de vida, sino de muerte. Freud suponía que estas pulsiones podrían en última instancia explicar los actos altruistas o "puros" de la razón práctica kantiana. Weininger veía las cosas de otro modo. Para él había tres posibilidades: 1) un hombre puede ser egoísta o no, inmoral o moral; 2) estos actos pueden seguir el interés personal o la ley universal, la utilidad o el deber; 3) él podía ser un santo porque también podía ser un pecador. Una mujer no sabía sino ser amoral, porque, aun sin ser egoísta, nunca cumplía con su deber.

La mujer-objeto

Al remitirse a los trabajos de Breuer y Freud, Weininger intentaba demostrar que la histeria no era un caso clínico entre otros, sino una característica esencial de la psicología femenina. El personaje de la mujer virtuosa era sólo una ac-

11 *Ibid*., p. 117.
12 Otto Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Londres, Odges, 1990, p. 80.
13 Weininger, *op. cit.*, p. 347.
14 *Ibid*., p. 349.

tuación para seducir al macho, un papel que la mujer representaba hasta el punto de la frigidez o de la devoción religiosa. Ese personaje era el que Freud llamaba un "yo ideal". Pero existía también el espectador que la mujer trataba de seducir al interpretar ese papel: ese espectador era el "ideal del yo". En el caso de la histérica –llamada también la "histriónica"–, ese ideal del yo era el padre o una figura paterna. La escena montada por la histérica buscaba, según Freud, seducir a esta figura paterna, lo que explica por qué la represión del deseo sexual también tenía, en su opinión, un origen sexual.

Weininger pensaba entonces que las hipótesis de su compatriota acerca del componente sexual de la cultura no valían para la masculinidad, pues el hombre se consagra a la vida del espíritu cuando logra abstraerse de sus apetitos sexuales o "separarse psicológicamente" de ellos; la mujer, en cambio, ve en la vida cultural sólo un medio más para llevar a cabo su misión reproductiva. Esta es la razón por la que Weininger sostenía que la cultura de su época se estaba feminizando: ya no era una cultura del genio o de la creación, sino de la seducción, del espectáculo, de la apariencia y de la coquetería moral o estética.

Llegamos así a otra de las tesis centrales de *Sexo y carácter*: puesto que las conductas de seducción son dominantes en la mujer, ésta tiende irresistiblemente a convertirse en el objeto del hombre. "El falo es la causa de que la mujer sea completa y absolutamente carente de libertad" [*unfrei*],[15] afirmaba el austríaco. Weininger llega a comparar la sensación de la mujer frente al falo con la sensación del hombre ante la cabeza de Medusa: "El falo ejerce sobre ella una acción hipnótica, fascinante".[16] Por esta razón, la mujer evita la visión del hombre desnudo: cuando contempla el sexo del hombre, la mujer se encuentra cara a cara con su destino. Para Weininger, la división sexual entre el hombre y la mujer coincide con la diferencia entre sujeto y objeto. Pero no debemos olvidar aquí que se trata del sujeto de la tradición del idealismo alemán, es decir, de un sujeto que constituye su objeto. Es por ello que Weininger afirma que la belleza femenina es una creación del hombre.

La mujer de la que el hombre se enamora no es más que un personaje creado por él mismo a su imagen; pero esa imagen no es su aspecto exterior. Weininger adopta aquí también posiciones kantianas: la belleza de la mujer sería apenas la proyección de los ideales morales del hombre sobre un cuerpo que al austríaco le resulta más bien poco agraciado. El autor llegará a decir que el amor es una suerte de asesinato, pues el hombre mata a la mujer de carne y hueso para reemplazarla por una efigie idealizada que se dedica a venerar. Si la mujer es esencialmente histérica, el hombre sería esencialmente fetichista. El mejor representante de la psicología masculina no sería Don Juan, sino Pigmalión.

Si bien el amor humano no puede separarse de lo sensible o de la sensualidad, Weininger supone que este amor no deja de ser esencialmente platónico. El hombre no se enamora de la mujer real, sino de una mujer ideal creada por él, como aquella estatuilla de la que hablaba Sócrates en un pasaje del *Banquete*: el agalma. El amor no es del orden de la atracción sexual, sino más bien del orden de la veneración religiosa: de la misma manera en que el hombre de Feuerbach adoraba un Dios que él mismo había creado, el hombre de Weininger veneraba a esa diosa que él mismo había esculpido. Por ello, Weininger afirma que el hombre no desea unirse sexualmente a esa mujer sublime que lo fascina.

Una vez más, Weininger se aproximaba a Freud y a sus dos resoluciones asimétricas del complejo de Edipo. La mujer ideal de la que Weininger habla es muy similar a aquella mujer sexualmente prohibida y sublimada que el hombre encuentra, según el psicoanalista, detrás de todas las mujeres que ama: la madre. En cambio, el hombre amado por la mujer sería un substituto de una mirada idealizada: la del padre. El hombre es seducido por un "objeto" inaccesible; la mujer intenta seducir un "sujeto" distante y, por así decirlo, inconmovible.

El hombre es el porvenir de la mujer

Evidentemente, no había genio femenino para Weininger. Sin embargo, el austríaco estaba obligado a reconocer que hubo mujeres de genio a lo largo de la historia, comenzando por la primera poetisa lírica: Safo de Lesbos. Pero este ejemplo resulta valioso para Weininger, pues los poemas de amor de Safo se dirigían a mujeres. En este

15 Ibíd., p.341. Slavoj Zizek confronta la teoría del falo de Weininger con la de Jacques Lacan: Slavoj Zizek, *The Metastases of Enjoyment. Six Essays on Woman and Causality*, Londres, Verso, 1994, pp. 224-233.
16 Ibíd.

detalle, el autor encuentra la prueba de la masculinidad de las mujeres geniales. Según su teoría de la bisexualidad, en efecto, la masculinidad y la feminidad no son dos realidades completamente separadas, sino dos polos de un continuo. Todos los hombres tienen algo femenino; todas las mujeres tienen algo masculino. Para Weininger, entonces, todo era una cuestión de grados: pensaba que los homosexuales masculinos y femeninos eran los valores intermedios entre los dos polos de la escala. Las mujeres que poseían atributos de genio, en su opinión, tenían un fuerte componente masculino que las empujaba al lesbianismo. No había mujer genial sin una cierta inclinación hacia las otras mujeres y sin un poco de bigote. Weininger pensaba entonces que ciertas mujeres podían liberarse de su naturaleza femenina, pero para ello debían poseer un componente biológico y sexual masculino. Esto quiere decir que la mujer totalmente liberada sería, para él, un hombre.

Por lo tanto, para combatir la feminización de la sociedad, Weininger proponía la masculinización de la mujer. Puesto que la biología femenina era la causa de todos los problemas, esta masculinización debía ser, en primer lugar, biológica. Weininger era consciente de que esta liberación de la humanidad era utópica (al menos en su época): para liberarse de la sexualidad era necesario renunciar a la procreación y a la perpetuación de la especie. Una humanidad espiritualizada no tendría entonces nada de animal; no tendría nada de especie biológica. Una humanidad totalmente espiritualizada, liberada de la sexualidad, sería un mundo sin mujeres, sin aquella mitad de la humanidad cuyo papel sería asumir la reproducción de la especie. La liberación de la humanidad, en su opinión, era imposible sin la liberación femenina, pero, para llegar a ésta, las mujeres debían liberarse de su sexo y acercarse biológicamente a los hombres. Así, el austríaco zanjaba la discusión bizantina sobre el sexo de los ángeles: una humanidad perfectamente angelical no conocería la diferencia sexual.

Conclusión

Sexo y carácter inspirará toda una tradición de la extrema derecha europea, aquella que explicará el declive de las sociedades a causa de su "feminización" y la crisis del "patriarcado". Uno de los promotores más populares de esas teorías, el periodista francés Éric Zemmour, escribía por ejemplo en una sección del *Figaro* dedicada a *Petits blancs* y a *De quelle couleur sont les blancs ?* de Aymeric Patricot:

> Miseria financiera, miseria social, miseria psíquica, miseria familiar, incluso miseria sanitaria, Patricot deja hablar a sus interlocutores, quienes le confían sus pesares, su sentimiento de privación, su odio hacia los otros y hacia sí mismos; le confían hasta la miseria sexual de los jóvenes proletarios blancos, quienes, educados en el universo del feminismo occidental, no pueden rivalizar con la virilidad ostensiva de sus competidores negros o árabes, que seducen a muchas mujeres blancas –rubias preferentemente-, como lo prueba el éxito del sitio blanchablacks.com, que Patricot interpreta como la revancha simbólica de la colonización, sin ver que ello expresa también la antigua atracción de las mujeres por el macho dominante, el vencedor, siguiendo el ejemplo de esas francesas que se acostaban durante la Segunda Guerra Mundial con soldados alemanes y luego americanos.[17]

Más allá de los habituales fantasmas sexuales del racismo, podemos discernir en este texto una de las más flagrantes contradicciones de la doctrina de Weininger: las mujeres modernas amarían siempre a los machos dominantes pero, sin que se sepa por qué, ellas los habrían destronado, humillado, castrado. Pero eso no es todo. Considerando "la antigua atracción de las mujeres por el macho dominante, el vencedor" –"antiguo" no significa aquí viejo, sino atávico-, ellas buscarían los novedosos "conquistadores", los invasores de Francia provenientes de culturas patriarcales y desbordantes de testosterona. Zemmour parecería inquietarse entonces por los cambios que esos extranjeros estarían introduciendo en la cultura francesa; pero de hecho, estaría queriendo que el hombre blanco, el buen ario, se convirtiera en ellos, o que los extranjeros con su "virilidad ostensiva" terminaran de una vez por todas con la cultura castradora del "feminismo occidental", restableciendo así la buena y vieja cultura patriarcal.

Hay ciertamente otras huellas de la doctrina de Weininger en el texto de Zemmour: cuando dice, por ejemplo, que las mujeres han amado siempre a los "conquistadores", él las ubica del lado de la naturaleza, pues su deseo no cambiaría con los años. Los "jóvenes proletarios blancos", por otra parte, serían el producto de una cultura histórica particular: han sido "educados en el universo del feminismo occidental" y no saben cómo cambiar su manera de ser para competir con los

17 Éric Zemmour, "Petits blancs et bonnes consciences", *Le Figaro*, 4 de diciembre de 2013.

machos venidos del extranjero (remarquemos aquí que el hispanismo "macho" ya sugiere que –para una cierta cultura francesa- siempre vienen del exterior, más específicamente del Sur). La "atracción de las mujeres" por los conquistadores sería algo natural; la actitud masculina de conquistar, cultural. Así, la feminidad sería biológica, mientras que la virilidad sería histórica.

No habría entonces diferencia entre las mujeres de la horda primitiva, sumisas al macho dominante, y las mujeres de la actualidad; lo que significa que las mujeres viven verdaderamente fuera de la historia. Los jóvenes, en cambio, habrían perdido el "antiguo" instinto de conquista en tanto habrían sido enteramente moldeados por una sociedad histórica dominada por la cultura feminista (al menos los jóvenes europeos, ya que los otros, incluso si viven en Francia, donde esta cultura parece imponerse desde los años sesenta, no habrían tenido inconvenientes para conservar este instinto y su "virilidad ostensiva").

Ciertamente hay diferencias entre Weininger y Zemmour, pues el austríaco no habría lamentado "la miseria sexual de los jóvenes proletarios blancos" mencionada por el francés, sino que la habría percibido más bien como una castidad beneficiosa. Pero, de cualquier manera, ambos comparten las mismas incongruencias doctrinarias, pues es difícil saber por qué los hombres (blancos) se habrían sometido un buen día a esta cultura femenina, mientras que las mujeres (¿blancas?) seguirían sus tendencias naturales, biológicas, enteramente desconectadas de la educación y la historia. Zemmour no explica por qué la conducta sexual de los jóvenes blancos (y por si fuera poco, "proletarios", con toda la connotación sexual de la antigua clase romana) sería moldeada por la cultura dominante mientras que la conducta de las mujeres occidentales sería simplemente forjada por la naturaleza. Se abstiene por otra parte de explicar por qué estas mujeres dominan nuestra época si éstas desean ser dominadas por los hombres. ¿Por qué las mujeres occidentales han castrado a los machos blancos para luego adorar la "virilidad ostensiva" de los extranjeros? Es un misterio. Pero todos esos misterios no son incógnitas de la ecuación femenina que un día encontrarán una solución. Como los misterios de la religión, se trata aquí de inconsistencias teóricas, el tipo de inconsistencias que jamás impidieron a una doctrina conquistar los espíritus ni traspasar las épocas.

Dardo Scavino (2016), *La fonction de la misogynie dans la pensée d'Otto Weininger. En Maurice Daumas and Nadia Mékouar-Hertzberg* (dir.), *La misogynie. Des vestiges du passé aux combats d'aujourd'hui* (pp. 63-73), Peter Lang.

Traducido en el marco del programa Interpres de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Coordinador: Alejandro González. Participantes: Gabriel Saia, Pedro Tenner, Santiago Bellocq, Matías Amaya.